

Érase una vez México III

**Sandra Molina y
Alejandro Rosas**
Érase una vez México III

© 2016, Alejandro Rosas
© 2016, Sandra Molina

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial BOOKET M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Óscar O. González
Adaptación de portada: Cáskara / design & packaging
Mapa de portada: © Shutterstock / Vitoriano Junior

Imágenes de interiores: Pág. 14: *Francisco I. Madero*, ca. 1911. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 42: *Villistas durante un descanso*, ca. 1913-1914. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 65: *Caballería villista*, ca. 1913-1914. Anónimo. George Grantham Bain Collection. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 66: *Revolucionario mexicano*, ca. 1915-1917. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 86-87: *Revolucionarios sobre vagones de tren*, ca. 1916. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington; pág. 88: Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, 1917; pág. 101: *Los diputados constituyentes protestan cumplir la nueva Constitución*. 5 de febrero de 1917. José Mendoza. Fondo XXXI-2, Carpeta 1, foto 57. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, AC. Pág. 102.- *Los generales Álvaro Obregón, Benjamín G. Hill y Jacinto B. Treviño desfilando en la Ciudad de México*. 9 de mayo de 1920. Anónimo. Fondo XL-2, Carpeta 1, foto 12. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, AC. Pág. 136: *El general Plutarco Elías Calles protesta como Presidente Constitucional*. 1 de diciembre de 1924. Anónimo. Fondo XLII-1, Carpeta 1, foto 17. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, Fundación Carlos Slim, AC. Pág. 174: *Construcción de la Torre Latinoamericana*, ca. 1956. Archivo fotográfico Díaz, Delgado y García, caja 86/16. Archivo General de la Nación. Pág. 243: *Segundo Salón Internacional del Automóvil de México, enero de 1957*. Anónimo. Archivo fotográfico del Auditorio Nacional. Pág. 244: *Oficinas de Televisa destruidas por el terremoto*. 19 de septiembre de 1985. Hermanos Mayo. Fondo Hermanos Mayo, Sección Cronológica, sobre 1464. Archivo General de la Nación. Pág. 302: *Malena Díaz Urnas electorales Julio de 2000 Agencia fotográfica CUARTOSCURO*. Pág. 372: Miles de personas marcharon del Ángel de la Independencia al Zócalo capitalino para rechazar el resultado de las pasadas elecciones. 7 de julio de 2012. Hugo Cruz ID. 224127 PROCESOFOTO

Primera edición: junio de 2016
Primera edición impresa en México en Booket: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4927-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPRO (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1



Pues no, no estábamos aptos para la democracia (1911-1913)

Cuando pase el temblor

Caía la tarde del 6 de junio de 1911 y en la Ciudad de México se respiraba un ambiente festivo. No como en otras ocasiones, cuando la sociedad esperaba con emoción el inicio del carnaval, las celebraciones de Semana Santa o como el júbilo que se desataba al aproximarse la noche del Grito. Era un sentimiento distinto, casi podría decirse que desconocido para la gente. Apenas unas semanas atrás había caído Porfirio Díaz, y tras su partida al exilio los habitantes de la Ciudad de México esperaban la llegada del jefe de la revolución triunfante: Francisco I. Madero.

Esa noche del 6 de junio la gente regresó a sus hogares dispuesta a levantarse temprano para volcarse en las calles y no perder detalle de la entrada de Madero, que se había anunciado para la mañana del día siguiente. La ciudad entró en su apacible calma nocturna, sin saber que el terremoto social iniciado el 20 de noviembre de 1910 tendría una réplica más mundana, con la cual la naturaleza le pasaba lista a las pasiones humanas.

El jueves 7 de junio de 1911, a las 4:26 de la mañana se sintió un fortísimo temblor en la Ciudad de México y en una

MADERO ENTRÓ A LA CAPITAL...

Con la apoteosis de un vencedor despojado de ejércitos: ídolo guía de su pueblo. Medio millón de habitantes sistemáticamente vejados por la autoridad saboreó aquel día el júbilo de ser libre. El “Caballito”, viejo símbolo de la tiranía antigua, se cubrió de muchachos desde el pedestal hasta los hombros del rey olvidado. Manos infantiles acariciaron el cetro, como si por fin la autoridad se hubiese vuelto servicio humano y no atropello de bandoleros afortunados. Las campanas de la Catedral, las de la Profesa, las de noventa templos repicaron el triunfo del Dios bueno. Por una vez en tanto tiempo caía destronado Huitzilopochtli, el sanguinario. Tras de larga condena de todo un siglo de mala historia, una nueva etapa inspirada en el amor cristiano iniciaba su regocijo, prometía bienandanzas. Por primera vez, la vieja Anáhuac aclamaba a un héroe cuyo signo de victoria era la libertad, y su propósito no la venganza sino la unión. José Vasconcelos, *Ulises criollo*.

extensa zona de la República Mexicana que hizo caer diversas construcciones. La gente salió despavorida, gritando y rezando, invocando al Ser Supremo, pidiendo perdón por sus pecados por si había llegado el momento de entregar cuentas al Creador.

Para desgracia de algunos soldados que habían logrado sobrevivir a la reciente rebelión maderista, el cuartel general de artillería, localizado en San Cosme, se vino abajo por completo y sepultó a buena parte de la tropa. Lo que no habían hecho los cañones revolucionarios lo hacía la naturaleza caprichosamente.

NO TE HAGAS BOLAS CON LA REVOLUCIÓN

Entre el periodo de 1910 y 1917 la Revolución tuvo varias etapas, cada una con características particulares. *Etapas maderista*. 20 de noviembre de 1910-21 de mayo de 1911. Encabezada por Francisco I. Madero en contra de la dictadura de Porfirio Díaz; su fin: establecer un régimen democrático bajo el lema: “Sufragio efectivo. No reelección”. *Contrarrevolución*. 9-19 de febrero de 1913. Levantamiento armado encabezado por varios generales del régimen porfirista contra el gobierno de Madero. Huerta aprovechó las circunstancias para pactar con los sublevados y traicionó al presidente. El 19 de febrero asumió el poder y en pocos meses se convirtió en dictador. *Revolución constitucionalista*. 26 de marzo de 1913-13 de agosto de 1914. Fue encabezada por Venustiano Carranza. Su objetivo era político: restablecer el orden constitucional roto por el golpe de Estado huertista. *La bola*. Octubre de 1914-finales de 1916.

Una vez que terminó la revolución contra Huerta, se desató la lucha por el poder al interior de la propia revolución, que acabó, en términos generales, por enfrentar en los campos de batalla a Carranza y Obregón contra Villa y Zapata. *Etapas constitucional*. 1916-1917. Con la victoria en sus manos, Carranza convocó a un Congreso Constituyente en la ciudad de Querétaro que le diera a México una nueva Constitución, en la cual se incorporaron todas las demandas socioeconómicas que le habían dado sustento a la Revolución. La nueva ley suprema fue promulgada el 5 de febrero de 1917.

Pese a los daños materiales y a las víctimas del terremoto, nada opacó la entrada de Madero a la capital. La gente barrió los escombros y en un santiamén colocó banderas tricolores para saludarlo. Su llegada se esperaba a las 10 de la mañana, pero no siendo la puntualidad una virtud mexicana, el ferrocarril que traía al jefe de la revolución triunfante llegó a los andenes de la estación Colonia alrededor de las 12:30 del día.

Más de cien mil personas aclamaron al caudillo civil que había logrado acabar con un régimen de más de treinta años. Y era tan grande la multitud que el traslado de la estación Colonia —donde hoy se encuentra el Monumento a la Madre, en Sullivan— al Palacio Nacional se llevó más de tres horas porque las calles eran intransitables.

Música, cohetones, vivas, risas y alegría acompañaron a Madero durante todo el recorrido, y la celebración se extendió hasta altas horas de la noche con uno que otro altercado, como el asesinato de una mujer que fue apuñalada porque no quiso gritar “Viva Madero”. Aquel 7 de junio la gente se permitió todo, hasta soñar con una nueva era, con la hora del cambio, de la transformación hacia un país más justo e igualitario. Para Madero y para el ciudadano común no había temores sino confianza y fe en el porvenir.

Presidente blanco, corazón negro

A pesar de las esperanzas y los buenos augurios que reinaban en el país por el próximo cambio de régimen, lo cierto era que la puerca había torcido el rabo desde el 21 de mayo anterior, cuando se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez que pusieron fin a la revolución maderista. En ellos, Madero cometió los dos primeros errores de una larga cadena que lo llevarían a su caída tiempo después: aceptó la

presidencia interina de Francisco León de la Barra y permitió que el ejército federal, contra el que habían combatido él y sus hombres, se encargara de la seguridad y del orden del país, mientras los revolucionarios estaban obligados a entregar las armas y regresar a sus hogares a continuar con su vida como si nada hubiera pasado.

En un país donde la ley era como una leyenda —todos habían oído hablar de ella pero nadie había visto su aplicación—, el respeto que mostraba Madero por la ley y por las instituciones se convirtió en una bomba de tiempo. Aquel 7 de junio el jefe de la revolución triunfante pudo haber llegado a la capital y tomar el poder con la mano en la cintura y un argumento muy simple: “Yo derroqué a Porfirio Díaz, yo soy el presidente”. Nadie habría chistado, esa era la costumbre; todos los jefes y caudillos que durante el siglo XIX llegaron al poder a través de levantamientos armados así lo hicieron.

Pero Madero era un demócrata por encima de todas las cosas y siguió el camino que marcaba la ley. Solo ocuparía la presidencia si la ciudadanía así lo quería a través del voto. Por eso, cuando llegó a la capital se dirigió a Palacio Nacional, pero no para sentarse en la silla presidencial, sino para mostrar sus respetos al presidente interino, Francisco León de la Barra, y ponerse a sus órdenes para trabajar por el restablecimiento de la paz.

De la Barra era más porfirista que don Porfirio, y si Madero esperaba que el presidente interino actuara honorablemente, que se sumara con entusiasmo al programa revolucionario, que no privilegiara los intereses de los viejos porfiristas y solo mirara por el bien de la Patria, estaba muy equivocado.

Lejos de facilitar la transición hacia el nuevo régimen, León de la Barra hizo todo lo que estuvo a su alcance para

EL PRESIDENTE BLANCO

Francisco León de la Barra era un hombre con escasa sensibilidad social —como toda la generación que gobernó al lado de don Porfirio—. Durante su gestión fue conocido como “el presidente blanco”. Donde la forma había sido fondo —el porfiriato—, De la Barra era el prototipo de la “decencia”, de ahí el sobrenombre: educación refinada, reflexivo, elevado por la lectura y los viajes, amante de las buenas costumbres, con alcurnia en sus apellidos, perteneciente a las “clases superiores de la capital”. Su reputación era prácticamente inmaculada, y bajo esa visión los porfiristas justificaron su proceder. José Vasconcelos llegó a decir que era “el presidente blanco, pero de la pechera”.

obstaculizarla. Su gobierno fue una extensión del porfiriato sin don Porfirio —como un tiempo de compensación—, y durante los seis meses que duró su administración se dedicó, exitosamente, a intrigar, a favorecer los intereses de la dictadura depuesta y a entorpecer el triunfo revolucionario.

Desde un principio fue notorio que entre Madero y León de la Barra existía un profundo antagonismo, no obstante que cuando se reunían se saludaban cordialmente y sonreían para la foto. Don Francisco, que andaba en gira electoral con miras a las próximas elecciones, a veces cuestionaba las decisiones del presidente ante el disgusto de este; por su parte, De la Barra hacía lo posible por desprestigiar a Madero, no solo ante los viejos políticos porfiristas caídos en desgracia, sino ante los mismos revolucionarios, con el claro fin de restarle apoyo político. De la Barra removió a varios miembros

de su gabinete que eran de origen revolucionario, lo cual disgustó a los maderistas.

El presidente De la Barra logró, con todo éxito, el rompimiento definitivo entre Madero y Zapata. El Caudillo del Sur se negó a licenciar a sus tropas —como lo había ordenado el presidente, a más tardar para julio de 1911—, mientras no se iniciara la restitución de tierras de acuerdo con lo que Madero había establecido en el Plan de San Luis.

Lejos de tratar de entender las demandas zapatistas, y mientras Madero se reunía con Zapata en Cuautla para tratar de llegar a un entendimiento que beneficiara a todos, De la Barra envió a dos de sus generales más feroces y sanguinarios —Victoriano Huerta y Juvencio Robles— para aniquilar al caudillo sureño. Zapata responsabilizó al presidente de la represión y también a Madero, al que consideró traidor, por lo que sobrevino la ruptura definitiva entre ambos caudillos.

Tras una exitosa gira electoral como candidato del Partido Constitucional Progresista, Francisco I. Madero obtuvo el triunfo en las elecciones, y el 6 de noviembre de 1911, con todo el dolor que podía invadir al presidente León de la Barra, a los viejos, muy viejos diputados y senadores porfiristas, la Cámara declaró “Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos al señor don Francisco I. Madero”.

De la Barra le entregó la banda presidencial a Madero junto con una situación al borde del caos; había logrado la división interna del grupo maderista y con los zapatistas a punto de declararle la guerra al nuevo gobierno. Era un hecho: cuando Madero protestó como presidente los vítores y el júbilo de aquel 7 de junio se habían apagado y reinaba el más profundo silencio, augurio de tiempos sombríos.

“No nos falles”

Gran expectación generó el inicio del nuevo gobierno. Más que un programa detallado y minucioso, la premisa de Madero era gobernar con apego a la ley y a las instituciones: respetar las libertades públicas y los derechos políticos; garantizar la independencia entre los poderes de la federación; defender el voto y alentar la participación ciudadana en la construcción de un nuevo régimen.

De pronto la ciudadanía se encontró de frente con la libertad y pudo ver escenas que antes hubieran sido inconcebibles: obreros manifestándose el 1 de mayo de 1912 para conmemorar a los mártires de Chicago; estudiantes protestando en las calles por conflictos en las escuelas; periódicos criticando al gobierno maderista sin temor a la represión o a la censura.

Desde junio de 1911 Madero le había retirado a la prensa los jugosos subsidios que recibió durante la dictadura porfirista, lo cual generó gran indignación entre los principales periódicos, que en vez de hacer uso de su libertad con responsabilidad comenzaron un ataque sistemático contra todo aquello que representara al maderismo, publicando incluso detalles íntimos de la familia del presidente.

Fue tan feroz la crítica que hasta se fundó un periódico que se mofaba del nombre de la esposa del presidente. La publicación se llamaba *El sarape de Madero* (Sara P. de Madero); a Gustavo Madero, hermano de don Francisco, lo caricaturizaban llamándolo “ojo parado”, porque usaba un ojo de vidrio desde niño. La frase del propio Gustavo resumía la situación de la prensa: “Muerden la mano que les quitó el bozal”.

A los ojos de la sociedad mexicana —acostumbrada al servilismo de la dictadura— Madero parecía todo menos un

presidente. No usaba escoltas ni hacía ostentación de la investidura; no abusaba del poder ni se mostraba autoritario. Era el anticaudillo. Resultaba extraño verlo en el teatro, en los museos, en la temporada de conciertos en Chapultepec y conmovirse con la *Obertura 1812* de Chaikovski.

Desconcertaba ver a un hombre respetuoso de la vida humana en el poder; un espiritista en la presidencia que podía correr el riesgo de volar en un biplano durante cuatro minutos en los albores de la aviación o bailar en las tertulias que organizaba en el Castillo de Chapultepec o mostrarse en público cariñoso con su esposa. No pocos murmuraron que las lágrimas vertidas por el presidente en los funerales de Justo Sierra, en septiembre de 1912, eran contrarias a la dignidad de su cargo.

El gobierno de Madero intentó moralizar a la sociedad, haciéndola participar de la vida democrática y exigiéndole un compromiso de respeto hacia la ley, pero la Ciudad de México no era el resto del país, y un régimen como el de Díaz, que durante tres décadas había hecho de la simulación, la corrupción y el autoritarismo una forma de vida, no podía erradicarse solo con buenas intenciones y algo de fe.

El paso de los días evidenció el daño causado por la gestión de León de la Barra al gobierno surgido de la revolución; la situación política se fue desdibujando y el fantasma de la violencia apareció de nuevo: cuatro movimientos armados marcaron el primer año de Madero en la presidencia.

Diez días después de la toma de posesión de Madero, el general Bernardo Reyes —el mismo que se había hecho chiquito cuando vio que podía enfrentar a don Porfirio en la contienda electoral de 1910 y prefirió irse del país—, ahora sí muy bravito, se levantó en armas contra el gobierno maderista, pero era tan grande su descrédito que nadie lo secundó y unos días después fue capturado y encarcelado.

Ese mismo mes, el 28 de noviembre de 1911, Emiliano Zapata se levantó en armas contra el nuevo régimen, acusando a Madero de haber traicionado a la revolución y enarbolando el Plan de Ayala —de corte agrarista—, que sería su bandera hasta el 10 de abril de 1919, día en que cayó asesinado.

Madero no supo cómo responder al levantamiento zapataista, pero no lo hizo con ánimo pacifista ni conciliatorio; envió de nueva cuenta al sanguinario general Juvencio Robles, quien se había creado mala fama combatiendo a las tribus

PLANES PARA TODA OCASIÓN

Ningún otro momento en la historia mexicana fue más rico en planes políticos. Casi no hubo movimiento armado que no se justificara con un plan. Con excepción del Plan de Ayala, en el que se establece específicamente como objetivo la restitución de tierras, la mayoría carecía de contenido social o económico; simplemente se desconocía el gobierno en turno; el fin era derrocarlo y luego convocar a elecciones para volver a la normalidad, si es que en esos tiempos la hubo en algún momento. Entre 1910 y 1920 estos fueron los principales planes políticos. **Plan de San Luis** (1910). Madero contra Díaz. **Plan de Ayala** (1911). Zapata contra Madero y luego contra Huerta y luego contra Carranza. **Plan de la Empacadora** (1912). Pascual Orozco contra Madero. **Plan de Guadalupe** (1913). Carranza contra Huerta. **Plan de Agua Prieta** (1920). Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles contra Carranza.

apaches de la frontera norte del país en tiempos de don Porfirio. “Todo Morelos, según tengo entendido —expresó el general Robles—, es zapatista y no hay un solo habitante que no crea en las falsas doctrinas del bandolero Emiliano Zapata. En un lapso de tiempo relativamente corto reduciré a esa falange de bandoleros que actualmente asuelan el Estado de Morelos con sus crímenes y robos dignos de salvajes”.

Juvencio Robles utilizó en Morelos el método de “recolonización”: quemó pueblos enteros, reconcentró a sus habitantes en zonas específicas, ordenó fusilamientos en masa y permitió la rapiña de sus hombres. Al enterarse Madero de los excesos cometidos por quien representaba a su gobierno ordenó su destitución, y en agosto de 1912 envió al general Felipe Ángeles, que llegó a tierras zapatistas con una política más conciliatoria y humanitaria.

En marzo de 1912, casi al mismo tiempo que comenzaba la cruenta campaña en Morelos, el gobierno de Madero tuvo que abrir un segundo frente ahora en el norte del país. El general Pascual Orozco —uno de los protagonistas de la victoria contra Porfirio Díaz en mayo de 1911—, se levantó en armas acusando a Madero de todo lo que se le ocurrió: traidor, asesino, corrupto, vendepatrias, hijo de Washington.

La rebelión orozquista puso en jaque al régimen pues se llevó varios meses y por momentos amenazó con extenderse más allá del Estado de Chihuahua. Finalmente, en los primeros días de julio el general Victoriano Huerta logró derrotar a Orozco en el cañón de Bachimba y restableció el orden en la región.

Una última intentona golpista, de otro frustrado y ambicioso porfirista, estalló en octubre en Veracruz. A Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, se le ocurrió que si no estaba

su tío a él le tocaba la presidencia, pero era un mediocre, un “ningunito” que no tenía ni los arrestos ni los méritos, y si la rebelión de Bernardo Reyes del año anterior había sido un fiasco, la de Díaz fue de pena ajena, ni las moscas lo siguieron y a los pocos días fue capturado y también encarcelado.

Al terminar el año de 1912 el gobierno maderista parecía haber sorteado los ataques de la prensa y el ánimo revolucionario que se había desatado en todo el país. Sin embargo, los movimientos armados solo eran una parte del problema; el más grave de todos era que el enemigo se encontraba en casa.

“Estás viendo y no ves”

No puedes llegar a la presidencia, poner en el gabinete a tu tío y a tu primo —ambos porfiristas—, decir que los nombraste porque los conoces y sabes que no van a robar, ignorar las críticas de tus colaboradores y pensar por un momento que todo saldrá bien. Eso fue lo que hizo Madero cuando asumió la presidencia: nombró a su tío, Ernesto Madero, secretario de Hacienda, y a su primo, Rafael L. Hernández, primero secretario de Fomento y luego de Gobernación.

El problema no era el nepotismo propiamente —reprobable bajo cualquier circunstancia—, sino que Madero entregara las dos secretarías más importantes del gobierno a personajes que se oponían a las reformas planteadas por los revolucionarios maderistas, y no solo eso, que se habían declarado abiertamente enemigos del movimiento revolucionario cuando este estalló. Madero quiso verse muy conciliador, muy democrático, muy incluyente, y organizó su gabinete con gente del viejo régimen, como sus parientes, y revolucionarios progresistas que deseaban impulsar los

cambios con rapidez. Resultado: la parálisis de la administración pública.

El problema del presidente era que confiaba igual en sus amigos que en sus enemigos; pero lo dramático es que alejaba a los primeros y acogía a los segundos. Madero fue desechando —involuntariamente— a la gente que se jugó la vida con él en los campos de batalla y abrió las puertas de par en par a quienes nada habían aportado al movimiento. Sin duda, sus familiares en el gabinete fueron leales a Panchito el sobriño y a Panchito el primo, pero no al presidente Francisco I. Madero, y mucho menos a la revolución.

Desde el gabinete, Ernesto Madero y Rafael L. Hernández obstaculizaron todo tipo de reformas revolucionarias y protegieron a sus viejos amigos porfiristas. En buena medida, los miembros de la familia Madero contribuyeron al fracaso de la democracia. El presidente Madero no quiso escuchar a sus colaboradores cercanos; ignoró las críticas, despreció los señalamientos, “exageran”, llegó a decir; ni siquiera atendió a su hermano Gustavo, quien le hacía ver que a su primo y a su tío les faltaba “vergüenza y patriotismo”.

En enero de 1913 los diputados maderistas le entregaron a Madero un extenso memorial que podía resumirse en una sola frase: “Estás viendo y no ves”, que era un grito de auxilio, quizás el último para tratar de salvar al régimen que avanzaba apresuradamente al fracaso. El documento resumía los errores de la administración y hacía hincapié en un cambio en el gabinete:

“La revolución va a su ruina, arrastrando al gobierno emanado de ella, sencillamente porque no ha gobernado con los revolucionarios. Es necesario, señor presidente, que la Revolución gobierne con los revolucionarios, y se impone como medida propia de conservación que dará fuerza y solidaridad al gobierno, que los empleados de la Administración

Pública sean todos, sin excepción posible, amigos del gobierno”.

Los diputados criticaban al presidente, pero en el Congreso la situación no era mejor. En 1912 se llevaron a cabo elecciones legislativas y el porfirismo fue derrotado abrumadoramente; pero a pesar de que el grupo maderista tenía la mayoría en la Cámara, su falta de experiencia abrió paso a la demagogia y a la desorganización.

El primer periodo de sesiones —del 16 de septiembre al 15 de diciembre— estuvo marcado por gritos y sombrerazos, acusaciones, insultos y discusiones que no condujeron a nada. Además, los diputados maderistas se desenvolvían con indisciplina. Ni siquiera fue posible coordinar los esfuerzos de la mayoría en una sola dirección: cuando se abordó la cuestión agraria, se presentaron diez iniciativas diferentes. Nadie pudo sacar adelante las reformas necesarias para

¿UN NUEVO DICTADOR?

En septiembre de 1912, durante las fiestas patrias, Madero expresó en un brindis: “Porque si un gobierno como el mío, que ha cumplido honradamente con sus promesas, que ha hecho todo lo que su inteligencia le alcanza por el bien de la República, que ha llegado al poder por el voto casi unánime de todos los mexicanos, como nunca había sucedido, si un Gobierno así no pudiese subsistir en México, señores, deberíamos decir que el pueblo mexicano no estaba apto para la democracia, que necesitábamos otro nuevo Dictador, que viniese con su sable a acallar todas las ambiciones, a sofocar todos los esfuerzos que hacen los que no comprenden que la libertad únicamente puede ser fructuosa dentro de la Ley”.

consolidar el régimen democrático del país y los revolucionarios fueron derrotados por una fracción menor, mejor organizada y con amplia experiencia legislativa que representaba al antiguo régimen.

Los focos de alarma se prendían por todos lados y el único que continuaba viendo la situación con ojos optimistas era Madero. A su juicio, todo era parte del aprendizaje democrático. Durante la dictadura porfirista, los miembros del Congreso se habían acostumbrado a callar y a obedecer. Madero consideraba que bajo su régimen los representantes de la nación asumirían responsablemente su tarea pública y en poco tiempo alcanzarían un grado de civilidad que impulsaría la marcha del gobierno.

A pesar de las buenas intenciones y de su inquebrantable optimismo, los hechos demostraron que Madero no estaba preparado para gobernar. Su percepción de los grandes problemas nacionales era limitada. Desde su óptica, la terrible desigualdad social imperante en el país, así como todos los problemas políticos, se solucionarían, simple y llanamente, con la instauración de la democracia y el respeto a la ley. El resto vendría por añadidura.

Madero puso demasiadas expectativas en una sociedad que era 80% rural, analfabeta, desorganizada, caótica, sin educación, sin conciencia política ni civismo; más preocupada por el día a día que por elegir a sus autoridades; más entusiasmada con el cinematógrafo, el teatro de revista o el fonógrafo, que por la división de poderes. Madero veía ciudadanos, pero la realidad era distinta: los mexicanos eran menores de edad en cuanto a la vida cívica y a concebir sus derechos políticos.

La clase política tampoco abonó para construir un régimen democrático y libre. Madero no quiso ver que los restos políticos del porfirismo intentaban acabar a toda costa con

su gobierno, y desoyó los consejos de sus colaboradores más cercanos —entre ellos su hermano Gustavo—, que desde el inicio recomendaron “barrer” con cualquier vestigio del antiguo régimen, dismantlar las estructuras corrompidas y conformar el gabinete con gente de comprobada lealtad.

Catorce meses de gestión fueron suficientes para desalentar a la población. La promesa de cambio, de la restitución de tierras, del desarrollo de la sociedad, se transformó en retórica frente a la crisis política y económica que, en enero de 1913, sacudía hasta el último rincón de la república. El desencanto se apoderó de la conciencia social y todo el régimen maderista cayó en el descrédito.

“Si Madero hubiera podido cumplir sus promesas, su prestigio se habría conservado —escribió su ministro Manuel Calero—. Madero, como todos los agitadores, había hecho promesas imposibles de cumplir [...]. Las masas le creían, pero cuando llegó el momento decisivo de la prueba y las mágicas transformaciones no se efectuaron, las multitudes se dieron por burladas. Entonces aquel hombre, que no inspiraba respeto más que a los que veíamos de cerca sus altas virtudes, se transmutó, en el concepto de sus improvisados admiradores, en objeto de fisga y vilipendio”.

La Decena Trágica

Al comenzar 1913 corría el rumor de que dentro del ejército se preparaba un levantamiento armado contra el gobierno maderista. Pero no había que ser muy perspicaz para suponerlo. Desde el momento en que Madero aceptó desarmar a las tropas revolucionarias —después de la caída de Díaz

en 1911— y gobernar con el viejo ejército porfirista, la posibilidad de un golpe de Estado era latente. La oficialidad se había formado bajo la sombra de Porfirio Díaz, por lo que no existía ningún tipo de lealtad hacia Madero, no obstante que el ejército debía ser garante de las instituciones, gobernar a quien gobernara.

A los colaboradores cercanos del presidente, entre ellos su hermano Gustavo, les resultaba preocupante que Madero hubiera conmutado la pena de muerte por cárcel a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, que habían sido procesados por levantarse en armas contra el régimen legalmente constituido, además de que se encontraran presos en la Ciudad de México. Por más desprestigiados que estuvieran en la política nacional, dentro del ejército eran respetados y eso los convertía en conspiradores potenciales.

No pasó mucho tiempo antes de que los rumores se hicieran realidad. La madrugada del domingo 9 de febrero de 1913 estalló una rebelión en plena capital del país. Parte del ejército liberó a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz,

DECENA TRÁGICA

Se le llama así a los diez días de combates que sostuvieron las fuerzas del gobierno maderista con los rebeldes atrincherados en La Ciudadela, en los cuales distintas colonias de la Ciudad de México resultaron severamente dañadas por el uso de artillería de ambas partes. Comenzó el 9 de febrero de 1913 con el fallido intento rebelde de tomar Palacio Nacional, y concluyó el 18 de febrero con la traición de Huerta y la aprehensión del presidente y del vicepresidente en Palacio Nacional.

quienes junto con Manuel Mondragón marcharon hacia Palacio Nacional para tomar el poder. Así dio inicio lo que se conoció como la Decena Trágica.

La intentona golpista fue tan solo el reflejo de lo que había sido el régimen maderista desde noviembre de 1911: un gobierno manchado por la desconfianza, la suspicacia y la inestabilidad, en el cual los restos del naufragio porfirista se negaban a desaparecer y la vieja clase política se resistía por todos los medios a dar paso a la vida democrática que requería el país.

El cuartelazo, sin embargo, no comenzó con los mejores augurios. Los sublevados fueron rechazados al intentar apoderarse de Palacio, y el general Bernardo Reyes cayó muerto

“YO FUI *EL TODO*”

Sobre su participación en el golpe de Estado, Manuel Mondragón escribió a Félix Díaz en junio de 1913: “Nadie ignora que yo fui quien concibió primero el pensamiento de la revolución; que yo mismo comprometí a la oficialidad; que yo asalté los cuarteles de Tacubaya y formé las columnas que se dirigieron a la Penitenciaría y al cuartel de Santiago; que yo igualmente abrí las barbotinas en que se encontraban el general Reyes y usted; que yo, después del desastre frente al Palacio Nacional, ocasionado por el impulsivo de Reyes y la impericia de Usted, reuní la fuerza dispersa y atacué la Ciudadela, logrando su inmediata rendición. En la fortaleza, yo dirigí la defensa, yo construí parapetos, abrí fosos, levanté trincheras y dirigí personalmente todas las operaciones militares. En una palabra, yo fui *el todo* durante los días de la Decena Trágica”.

frente a la puerta Mariana. Sorprendidos —pensaban que sería un día de campo—, Félix Díaz y Manuel Mondragón se retiraron y decidieron atrincherarse en la Ciudadela a esperar un milagro. La derrota parecía inminente.

Cuando el presidente Madero recibió la noticia del levantamiento, montó su caballo —llamado Destinado—, y acompañado por los cadetes del Colegio Militar emprendió la marcha a Palacio Nacional desde el Castillo de Chapultepec en lo que se conoció como “la marcha de la lealtad”. Al llegar a la Plaza Mayor se encontró con una escena dantesca. Decenas de cadáveres permanecían regados en la plaza; eran los cuerpos de gente inocente, curiosos que se acercaron al escuchar la balacera o que acudían a la primera misa del domingo en Catedral. El destino les tenía reservada alguna bala perdida o la metralla que despertó a la Ciudad de México aquel 9 de febrero.

A pesar de la victoria inicial, el destino del maderismo se tornaba sombrío. El general Lauro Villar —que había rechazado el embate de los rebeldes en Palacio— resultó herido en la refriega, por lo cual Madero nombró a Victoriano Huerta como el nuevo comandante militar de la plaza. Su misión era sacar a los sublevados de la Ciudadela y restaurar el orden en la capital, lo cual no debía llevarle más allá de algunas horas o a lo sumo un par de días.

El nombramiento de Huerta como jefe de la guarnición de la plaza le pareció un grave error a Gustavo Madero. Pensaba sobre el general la sombra de la traición; de todos era sabido que solo era leal a sí mismo y se encontraba en una situación inmejorable: en una mano tenía al gobierno de Madero —al que decía defender— y en la otra a los rebeldes —a los que debía atacar—; así que se convirtió en el fiel de la balanza que podía decidir hacia qué bando inclinarse dependiendo de cuál le dejara mayores dividendos.